

Mariano Latorre

La casa de los pájaros



EO, en primer término, el viejo caserón colonial de la calle Rosario a donde iba los días sábados, en busca de un primo mío que vivía en ella. Como yo, estaba separado de su familia y esta casona, apartada de todo tránsito, debió ser de parientes maternos de mi primo, de los cuales yo no tenía noticias. El encontrarnos, constituía para nosotros una fiesta. No sólo por nuestro parentesco. Era el puerto natal, con las pintorescas riberas del río Maule y sus playas golpeadas por las mareas, lo que se acercaba al encontrarnos.

En la Plaza de Armas subía al carrito de sangre, atravesaba el río Mapocho y entre fustazos y gritos del cochero y choques de herraduras en el casco de la línea, avanzábamos por la Avenida Recoleta. Debía bajarme frente a la calle Rosario y por una acera desnivelada, caminaba en dirección a la casa.

Siempre una nube de polvo en suspensión, enrojecida de luz solar, velaba en las primaveras las casas cuadradas y toscas que formaban la calle. Algunas tenían

enormes ventanas, otras, bajo los aleros desplomados, conservaban la misteriosa red de hierro forjado de antiguas rejas.

En los inviernos, la calzada era un río de barro negro y de pozas de agua obscura, que partían con ruidoso chapoteo las ruedas de un carretón o reflejaban, en la inmovilidad brillante de su superficie, el paso de las nubes viajeras.

La calle era una carretera, más cerca del campo que de la actividad urbana. A menudo, ví arreos de tardas mulas, cargadas de cochayuyos o de costales de sal y habitualmente venían de los fundos carretelas repletas de verdura, punteada por la flecha rosa de las zanahorias o llenas hasta el tope del atigrado óvalo de las sandías.

Al borde de las aceras se instalaban los moteros, con su olla de greda en que una tabla resguardaba de la resolana el frescor del caldo de huesillos y el cuerno de los heladeros hacía asomarse chiquillos y viejas a las puertas de las casonas.

Eran frecuentes las peleas, porque había cantinas en los despachos. Mujeres greñudas y hombres de camisas de tocuyo, se disputaban a puñadas y sus torsos cobrizos, se dibujaban, con rasgos de aguafuerte, en el lienzo de un muro encalado, a la luz de un farol de parafina.

Deteníame frente a la maciza puerta, cuyo dintel se había inclinado a la izquierda, como el hombro de una vieja paralítica y de un salto me encaramaba a la

piedra agujereada que servía de escalinata en el desnivel de la calle. Siempre el portón estaba abierto. Allí no se temía a los ladrones. En el verano, me paraba un instante en el umbral. ¡Qué agradable sople de frescura brotaba del interior del patio, masa de inmóvil verdor, recortada por el cuadrilátero del pasadizo! Paltos enormes, un magnolio de pesadas ramas, nísperos punteados de oro y el verdegay de las vides, trepando lujuriosamente por el maderamen casi podrido de un viejo parrón.

A veces, el viento removía esos follajes cargados de sol y los verdores hacíanse sonoros y se incorporaban, como glóbulos cristalinos, a la livianura perfumada del huerto.

Toscas pilares abrazaban la vieja casa. En ellos y en las paredes desconchadas, colgaban innumerables jaulas y en las jaulas loqueaban pájaros de toda especie.

Mis recuerdos sobre los moradores de la casa no son abundantes. Siempre ví, sobre todo los domingos, muchas viejas vestidas de negro, inmovilizadas en gruesos rebozos, junto a un brasero, donde rezongaba eternamente la tetera para el mate. Algunas veces, la dueña de casa, doña Teresila, sacaba de su dormitorio una prodigiosa cajita con fichas de colores: rojas, verdes, azules, anaranjadas, amarillas, redondas o rectangulares y sobre la mesa, cubierta de un hule descascarillado, que la vieja cocinera limpiaba de pepas de sandía, jugábase al tresillo. Así lo llamaba doña Teresi-

la, a pesar de las burlas de las otras señoras que le daban un nombre moderno: rocambor.

La figura de doña Teresila era recia y saludable. Rosada frescura animaba sus mofletes, predispuestos a la sonrisa. Tenía algo de varonil, por la decisión de sus razonamientos, salpicados de chascarrillos criollos. Y esta virilidad todopoderosa, contrastaba con la suave mansedumbre de su marido, el carcelero de los pájaros del corredor.

He olvidado su nombre y es lógico que así sea, porque su autoridad la había absorbido doña Teresila desde mucho tiempo; pero su apellido llega hasta mí, a través de los años, con la sorda vibración de un grito de pájaro: Parga.

Bajo, cargado de espaldas, con una cara de rasgos tan desproporcionados que daban la impresión de una máscara, lo veo transitar en rápidos chas-chas de pantuflas por los ladrillos del corredor, sobre todo, en las mañanas, cuando repartía agua y comida en la cincuenta de jaulas colgadas de los pilares, de las paredes o de los troncos de los árboles, contiguos al patio. Un centenar de pájaros de todas clases piaba y daba saltos en los maderos de las jaulas.

Para mí, descendiente de marinos, era esto algo extraordinariamente nuevo. Me recordaba nuestras excursiones al cerro Mutrún, en el Maule, a cazar chiriguas en la primavera, con huaches o jaulas de torno. Y mirábamos a Parga como a un niño que tuviese, por una aberración inexplicable, la cara de un viejo.

A causa de esto, teníamos por él una simpatía que doña Teresila nunca nos inspiró. Le ayudábamos a limpiar las jaulas y a distribuir hojas de lechuga, alpiste y agua fresca en los comederos.

Doña Teresila no ponía obstáculos a la manía del viejo. Dejábale cuidar los pajarillos y entretenerse en alimentarlos y reproducirlos como algo fatal, que ya no tenía remedio. A veces, sí, interrumpía su juego y sus ojos azules de mandona picardía, deteníanse un segundo en el viejo y en nosotros, y en los pájaros, para volver a sus cartas y a sus chascarros.

Parga no cazaba personalmente los pajarillos. En el huerto, entre las parras y los paltos, los pájaros vivían a su antojo y en ocasiones se acercaban al corredor a comer el alpiste que sus compañeros de cautiverio botaban de los comederos; pero numerosos pajareros aproximábanse a toda hora a la casa con sus jaulas de torno, aleteantes de diucas, zorzales y jilgueros, cazados en los cerros.

Como nichos de cementerio, había siempre jaulas vacías, listas para recibir los alados huéspedes de Parga. La edad de los coligües más o menos tostados por el sol, veíase en la gradación de amarillos de cada jaula. En un extremo del corredor había una enorme pajarera, cubierta con una trama obscura de alambres. Allí estaban las hembras en cría sobre sus nidales, encaramados en los ángulos de los palos. Todo el día era un hervor de alas y de trinos, sobre todo cuando la cabeza del viejo, con toda clase de precauciones,

se metía en el interior, a cambiar una tacita que hacía de bebedero o a llenar de alpiste una caja de cartón. Al sentir el roce leve de las minúsculas alas de las diucas y chincoles sobre su cabeza, el viejo sonreía y prolongaba unos segundos su estadía en la jaula, los ojos beatamente entornados.

Su manía era netamente criolla. Sólo los pájaros chilenos significaban algo para él. Había en la jaula tencas grises de la costa, zorzales de dulce trinar, tordos de ásperas vocalizaciones, diucas vestidas con su gasa de alba, chincoles de gracioso piar mañanero, jilgueros entonados como tenores y lloicas vestidas de roja pechera como una sirvientita endomingada.

Todo el día resonaba por los viejos corredores la música de esos trinos prisioneros, y hasta dúos se entablaban con las sueltas especies que vivían en los follajes del huerto. Y en la paz de la siesta, un chincol preguntaba en mapuche desde su jaula, al magnolio, ¿ha visto al tío Austin? y del magnolio a un palto la pregunta se transmitía entre los chincoles de la huerta. Los trinos despertaban a los queltehues, adormecidos por el calor y su ter-ter de alerta resonaba estrepitoso por entre la verdura, amodorrada de luz.

El domingo, fuese en invierno o en verano, tenía para mí el color abigarrado de esos gorjeos diversos. Erguíame sobre la cama y escuchaba. Logré distinguir perfectamente, al cabo del tiempo, el pío del zorzal del gorjeo del jilguero y los trinos de la diuca de las notas ásperas del tordo. Cantaban al campo libre y a

los matorrales olientes a boldo y a culén. Una curiosa angustia nos penetraba. Algo vago e impreciso que no sabíamos a punto fijo lo que significaba. Ya el sol había pasado por el tragaluz e iluminaba la trama azulina de la tela de una araña burguesa y friolenta. Nos levantábamos rápidamente y teníamos la seguridad de encontrar a Parga recorriendo sus prisioneros con paternal solicitud.

Frente a sus pájaros favoritos, aislados en una jaula como en una celda solitaria, deteníase un instante y les dirigía palabras cariñosas, atiplando en forma grotesca el timbre opaco de su voz. Sobre todo a un tordo, a quien daba el nombre de Huacho y que respondía a sus palabras con un gorgoriteo rápido, golpeando el pico negro y lustroso contra los palillos de la jaula.

A éste solía darle algunos minutos de libertad. Le abría la puertecilla de la jaula y el tordo, a pequeños saltos atolondrados, corría decidido por el corredor.

—¡Huachito! ¡Huachito!—gritaba en un tono agudo la voz de Parga y el pájaro detenía sus saltos, irguiendo la cabeza ágil, donde fulgían como relucientes gotas de tinieblas, los ojos redondos.

Algo insólito fingía llegar hasta sus oídos, tal vez la voz de su hembra, entre las ramas o el agudo grito del peuco enemigo en el océano del aire. No volvía a ponerse en movimiento, sino a un nuevo llamado del viejo. La cabeza de éste tenía la misma inclinación picaresca que la del tordo.

Una relación extrañamente curiosa los unía en ese fugitivo minuto de comprensión. ¿Se escaparía o volvería de nuevo a su jaula? Con frecuencia, repetíase la escena y siempre la misma emoción hacía temblar la cabecita nerviosa del tordo y la máscara bonachona de Parga.

Inseparable de Parga y de los pájaros era Mardoco, un viejo cascarrabias, que vivía en el fondo de la huerta, en una mediagua y estaba encargado de podar las parras y regar las zanahorias y las coles de doña Teresila. Había sido pajarero y mozo del Museo, y tenía por los pájaros la misma afición pueril de su amo; pero en esta afición había una discrepancia.

Si Parga quería a los pajarillos, sus trinos, su alegría sin rencores, Mardoco prefería a las aves de rapina, los peucos, los bailarines, los aguiluchos; pero Parga fué inflexible en las peticiones del viejo para criar un aguilucho en el fondo del huerto.

—¿Para qué asustar a los pajaritos?—decía Parga. —Cuantu'ha (se había apropiado la manera de hablar de los pajareros) tuve un bailarín, el que está en el cuarto, y apenas lo veían, la media zalagarda que se armaba en las jaulas.

Mardoco, enfurruñado gruñía apenas Parga estaba lejos:

—¡Si será lesol! ¡Miren que gustarle esos pájaros meteoros de bulla, que no saben ni volar!

Y para vengarse del viejo, cuando éste dormía la siesta, sacaba del cuarto donde estaban los pájaros em-

balsamados, al bailarín, a quien cuidadosamente limpiaba el polvo y lo paseaba delante de las jaulas con malévolo regocijo, al observar el aleteo azorado de los pájaros y sus chillidos medrosos.

Hipócritamente volvía el pájaro al cuarto de los muebles viejos y su cara ancha, de un color de barro quemado, donde una nariz en forma de corvo sobresalía agresiva, tornaba a su sordo silencio. Nosotros asistíamos a esta comedia entre Parga y Mardoco, profundamente interesados en sus incidentes.

Un solo pájaro de rapiña se paseaba por los corredores y a veces en el patio, pero con las alas recortadas: un pequén.

Era un animalucho silencioso y arisco. El mismo se buscaba su comida por todos los rincones. Doña Teresila descubrió una tarde de verano que el pequén cazaba las baratas, muy abundantes en el caserón y después de un conciliábulo de viejas, junto al brasero, la pequeña lechuza de las tierras secas, se elevó a la categoría doméstica de un gato. Y era una destreza digna de encomio la que poseía el pequén para engullirse las lustrosas caparazones de las cucarachas huidoras, patinando en los ladrillos o escurriéndose por entre las rendijas de las puertas. Parecía una vasija de plumas jaspeadas que no terminase nunca de llenarse.

Mardoco se había hecho práctico en rellenar los pájaros que morían. Por esta razón, Parga le tenía especiales consideraciones. En el alado mundo de las

jaulas, la ley de la vida cumpliase también como en todas partes, y Parga no quería perder, tal era el cariño por los pájaros, las especies que vivieron y murieron bajo su tiranía protectora. Los pájaros embalsamados en forma primitiva, iban a parar a un cuarto, adonde se amontonaban también, sillas destripadas y respaldos de viejas cujas. Lloicas, tordos, diucas y triles parecían inmovilizados en un grotesco estupor. Los matices de sus plumas estaban uniformados por una capa de polvo, las cabezas torcidas y las alas abiertas o plegadas, según al capricho de Mardoco. Parecían conservar en sus actitudes irreales la huella trágica de sus vidas estériles, entre los coligües de las jaulas, lejos del aire y de la luz.

Una tarde de principios de enero, uno de los pajareros que recorría con sus jaulas de torno los cerros cercanos a Santiago, trajo un par de pichones de águila. Eran dos pelotoncitos de carne azulina, acribillados de cañones negruzcos.

El viejo los miraba con curiosidad infantil. No los reconocía.

—¿Qué es eso?—preguntó—. ¿Lechuzas?

—Aguiluchos nuevos—responde el pajarero—. Los pillé solitos en el nío, en un peñasco, p'al lao de Conchalí. ¡Viera como regoleteaban los paires!

Pero el viejo perdió el interés. Quizás pensaba en una especie nueva que vendría a enriquecer su colección. Sus ojos recorrían las jaulas, sonoras de revuelos y de trinos.

El muchacho insistió en los aguiluchos.

—¡Ah, no!—replicaba el viejo.—No tengo jaulas para esos pájaros tan grandes.

El pajarero, impertérrito, hacía el elogio de los aguiluchos domesticados:

—Si no son ná tan grandes. Y se crían sin jaula, su mercé. Al tiro se aguachan. Cortándoles las alas, se comen los ratones y cuidan la casa. Cuantu'ha le vendí uno a un hermano de San Francisco, y se aguachó tanto que volaba todo el día por los cerros y en la noche golvía al convento.

El viejo sonreía incrédulo. Mardoco los miraba con ávida curiosidad.

—Parece que no traís llalis. Me falta una hembra.

—No han queido na, su mercé, pero tengo un tril regonitazo.

Tampoco se interesó Parga por los triles. Eran demasiado ariscos y terminaban por morirse al poco tiempo. Se volvió al interior de la casa.

Mardoco acercóse entonces a los pájaros. Metió la mano por la puertecilla de la jaula y tocaba los picos, demasiado grandes para la pelota blanducha de los cuerpos, con dos carnosidades amarillas en la base.

Y observamos con asombro que Mardoco entraba en negociaciones con el pajarero, a pesar de la prohibición del amo. Para esto contaba con nuestra complicidad. Nosotros aplacaríamos el enojo del viejo, pero nada de lo que suponíamos sucedió. Ni siquiera se asombró al toparse con el cajón viejo en que Mardo-

co había colocado los dos pájaros friolentos y adormecidos.

Sólo dijo sonriendo y como si presintiese el futuro de los pájaros:

—Pero éstos no comen trigo ni alpiste.

Y soberbia, oímos la respuesta de Mardoco:

—Claro que no. Estos comen carne cruda.

Se acentuó la sonrisa mansurrona en la boca ancha del viejo, y no dijo una palabra más. Sus pájaros bullangueros lo atraían desde el fondo del corredor.

Mi primo me dijo poco después:

—Parga cree que nadie le va a dar carne a los aguiluchos.

Y desde entonces nos propusimos ayudarle a Mardoco en la alimentación de los pichones. Nos poníamos de su parte, interesados en esta lucha que se entablaba de improviso entre pájaros y aves de rapiña. El hecho de que los pájaros creciesen y cada día se acercasen más a un aguilucho de los cerros, nos compensó de la pérdida de nuestras mesadas, invertidas en carne para los aguiluchos. Muchas tardes, tuve que hacer a pie el trayecto de la Recoleta a la calle San Pablo, donde vivía.

Un sábado creíamos en una milagrosa suerte de magia. Su agrio chillido, sus carnes salpicadas de granulaciones rojizas, cada una germen de una pluma obscura o blanca, habían desaparecido bajo la capa lustrosa del plumaje recién brotado. El pico tomaba justas proporciones en la vigorosa cabeza, donde los ojos,

dos chispas oscuras, brillaban con no sé qué triste nostalgia de vuelo. ¡Y qué decir de las plumas barnizadas y potentes como una tela de calidad superior! El pecho era un tornasol de brillante blancura y a su lado negreaban las puntas de las vigorosas alas en descanso. Y su inmovilidad, en el fondo del cajón, tenía algo de orgulloso desprecio, como si nada les importasen esas tablas carcomidas que habían substituído al peñasco, batido del viento, de sus antepasados de los cerros.

Esta actitud de señores en desgracia, enorgullecía a Mardoco y lo hacía exclamar superándose a sí mismo:

—Estos están siempre de chaqué, como caballeros ricos y no esos pájaros vestidos de percala, al igual que las chinas.

Durante horas los observábamos. Nunca cambiaban su gesto avizor, erguida la cabeza altiva, como si desde lejos (¿quizá del ángulo rojizo de cerro que sobresalía sobre las tejas?) llegara algún ruido sospechoso o atrayente, cabalgando entre nubes y del que esperasen la libertad.

Parecían mirar en menos a las personas que los rodeaban y ni siquiera agradecían la carne que se les compraba. Nunca se les vió comer. Esto era de intolerable vanidad. Dejábamos los trozos de pana en el cajón y sabíamos que se los habían engullido, porque al volver ya no estaban allí.

Quizás exigíamos una recompensa demasiado humana al sacrificio de nuestras mesadas y a nuestra solicitud compasiva.

De los aguiluchos, uno era más grande que otro. Según Mardoco, el mayor era el macho y el más pequeño la hembra.

Parga, por espíritu de contradicción, observaba burlescamente:

—¡Qué macho ni qué hembra! El chico no es más que un aguilucho chico, y el grande un aguilucho grande. ¿En qué le vas a conocer que es hembra?

Y Mardoco, acorralado, tartamudeaba sin dar su brazo a torcer:

—¡Ya verán cuando encluequen!

La respuesta de Parga no se dejaba esperar:

—¡Qué van a encluecar, hombre! No seas lesa. Si son lo más soberbios y no se hallan en las jaulas.

Y nunca permitió que Mardoco soltase los aguiluchos con las alas cortadas en el huerto o sobre los árboles. Los aguiluchos sueltos en el patio atemorizarían a los pajarillos. En las jaulas y con la pitanza segura, por lo menos estaban libres de perecer en sus garras, como en los cerros.

El tiempo iba dando la razón al viejo. Nunca se vió entre los aguiluchos señal alguna de amor, como entre las diucas y zorzales de la pajarera y de las jaulas, ebrios de sensualidad, apenas el aire tibio oreaba los ramajes reverdecidos y las abejas zumbaban entre las flores de los durazneros. Tan quietos continuaban, tan enfurruñados que se les hubiera creído de piedra si un giro de las cabezas sobre el flexible cuello, no hubiera delatado en ellos la vida.

Nosotros interpretábamos a nuestro antojo esa indiferencia de las águilas por el amor y por los alimentos.

¿No valía más la muerte, si no podían disfrutar del cielo libre, hondamente luminoso y puro por encima de sus cabezas?

Con una sola de sus alas extendidas podían cubrir el ángulo de madera donde vivían ¿para qué molestarse entonces en usarlas?

Y Parga reflexionaba:

—Es que estos pájaros necesitan de mucho aire. Las alas les pesan y los enferman. Y viven para volar, para mover esas alas. Lo que hay es que este leso no las para nunca!

Ante nuestra curiosidad despierta, nos decía:

—Sería lo mismo que a un militar lo obligasen a dormir con la espada y con las espuelas.

Nosotros también estábamos convencidos. Nuestra imaginación comenzaba a tejer toda una tragedia horrosa en torno al cautiverio de los aguiluchos, en el destartado cajón de Mardoco, empuñadas las garras inútiles, mientras a cinco metros de sus cabezas piaban los pájaros, que ellos habrían atrapado en el aire, bajo el rápido y subyugante arco del vuelo. Parga tenía razón. Los aguiluchos no llegarían al otoño. Empezábamos a conspirar en contra de Mardoco y sólo su vigilante actividad nos impidió sacar del cajón y echarlos a volar por encima de los tejados. Nuestro profesor de historia nos habló una vez de esos indios del

Sur a quienes los conquistadores arrancaban de sus reducciones para llevarlos a las minas de Potosí o a otras regiones de América, donde morían de tristeza y anonadamiento. Esa misma suerte iban a correr esos pájaros de presa, trasladados de sus peñas a la vida doméstica.

Y el propio Mardoco estaba alarmado y para hacerles agradable su destierro, les cortaba la carne en pedacitos o empleaba otros medios pintorescos. He aquí uno de ellos:

Una tarde, el pajarero trajo a Mardoco algunas culebras de los cerros. Eran oscuras, con visos rojos sobre el lomo. Mardoco partió una en cuatro trozos y los llevó al cajón de las águilas. Supe así que las culebras eran para las aves de los cerros un manjar inapreciable. Vorazmente los aguiluchos consumieron en seguida su ración de culebras.

Mardoco sonreía, ahora, mirando a Parga con una malévolá sonrisa de triunfo. La cara de Parga abríase en un gesto de curiosidad irónica. Pero el triunfo de Mardoco no fué muy duradero.

El aguilucho más grande amaneció muerto una mañana. Yo no fuí testigo de la escena, porque ocurrió durante la semana, pero mi primo me dió los detalles el sábado siguiente.

El pájaro había rodado de su percha y estaba tendido en medio del cajón, apretadas las garras contra el blanco plumón del pecho, como dos puños crispá-

dos. Su compañero parecía no advertirlo, petrificado en su actitud habitual.

Los ojos turbios de Mardoco despidieron destellos de odio, cuando Parga le observó protectoramente:

—¿No te lo decía? Si es inútil aguachar estos pájaros. Si éstos necesitan volar y volar y cazar la presa, si no se enferman. El otro no aguanta una semana. Vas a ver.

No respondió Mardoco a estas palabras. Se fué al interior de la huerta, con el cadáver bajo el brazo. Observamos que había dejado la puertecilla del cajón abierto y la cerramos. Sin decirnos nada, volvió a abrirla. Nos miramos interrogativamente. Mardoco deseaba, estábamos cierto de ello, que el otro aguilucho volviera a los cerros para que su muerte no justificase las palabras de Parga.

Al día siguiente empezó a vaciar las entrañas del pájaro en una torpe autopsia. Arrojó las vísceras sanguinolentas a los gatos de la casa. Entre ellos el corazón del águila, no mayor que una guinda madura. Corazón que no experimentó nunca las delicias del vuelo y las agrias sensaciones del acecho y de la presa capturada.

Como si fuera hoy, recuerdo la transformación de los rasgos de su cara al observar la flacura del pájaro.

—Pa mí que éste se enfermó con la carne.

Continuó febrilmente durante algunos segundos su tarea. De pronto soltó el cuchillo y con los dedos ensangrentados corrió hacia el huerto. Lo vimos al lle-

gar al cajón y cerrar la puerta; luego, radiante, volvió a la mesita donde efectuaba su autopsia. Tomaba una y otra vez la cabeza fláccida del aguilucho, armada de su corvo pico de caza. Cogía la punta y trataba de separarla de la mandíbula inferior. Su sonrisa de triunfo se acentuaba cada vez más. Todas las arrugas de su cara contraíanse en un gesto de agresiva malicia. Intentó, incluso, meter una pelota de trapo en la boca del pájaro.

¿Qué era lo que alegraba de este modo al hortelano?

No tardó mucho en aclararse el enigma. Hablaba solo, como en un delirio, casi sin mirarnos. Dirigíase a un público invisible y ante él exponía sus razones, con rencorosa incoherencia.

—Sí, muerto de pensión, porque no podía volar. ¡Qué sabe el viejo de estos pájaros! ¡Hay que ver lo que li'ha pasao!

Y volvía a meter la pelota de trapo en la boca del aguilucho, pero el pico enorme, tosco como una uña crecida, cerraba la abertura.

—¡Ey tal! ¿No ve? ¡Di' hambre si'ha muerto el probrecito y yo que no lo vide nunca! ¡Cómo li'iba a caber la carne si tenía da vuelta la punta! ¡La laya e pensión que tenía!

Y el inesperado fenómeno nos tenía perplejos. De hambre había muerto, no cabía duda, porque ese enorme pico, desarrollado en exceso, le impedía al pájaro

tragarse la carne; pero lo que a Mardoco le causaba tal júbilo a nosotros nos entristecía.

¿Por qué le había crecido de ese modo el pico al ave prisionera? Constituía, con las garras, su única arma de defensa. Libre, el ave la aguzaría en el ejercicio de la caza y en las aristas de las rocas más altas. El macizo corvo se hundiría con deleite en la carne palpitante de la presa amedrentada, pero en el cautiverio su ímpetu había muerto sin vivir. Torcíase el poderoso pico, como un arma inútil, sin conocer ni el vuelo ni la carne cogida por sí mismo.

Mardoco había ya relleno con trapo y paja la hueca armazón de plumas aterciopeladas, pero sus dedos torpes no exteriorizaban la imagen del ave que llenaba seguramente su cerebro. Pequeño y pobre aparecía el cuerpo del águila, aun repleto de trapos, pero al desplegar Mardoco las alas, vírgenes de vuelo, de sus resortes enmohecidos, el pájaro adquirió súbitamente la majestad soñada. Sus rémiges de azulada opacidad crujieron bajos los dedos de Mardoco como una tela almidonada y el arco poderoso del codo, al levantarse, ocultó la insignificancia del cuerpo, deshecho por el hambre.

Al verlo así, en la actitud de tomar vuelo por encima de la copa de los paltos, se despertó nuestro entusiasmo.

En los huecos de los ojos, puso Mardoco dos cabezas de alfileres que, con toda la astucia de que éramos capaces, le robamos a doña Teresila de su dormi-

torio. Solemnemente trasladamos al aguilucho que murió de hambre al cementerio de los pájaros.

No se han borrado de mi memoria los detalles de aquel instante. Y en tal forma viven en ella, que aun hoy supongo que ha de subsistir el polvoriento rincón y han de seguir cayéndose las plumas de los pájaros muertos, con un gotear de eternidad.

La mayoría de los pájaros arrinconados allí, habían perdido la cola y las cabezas de alfileres que sustituían a los ojos. Era una bandada heterogénea y grotesca de pájaros mutilados, que un cataclismo hubiese detenido en el instante del combate.

Sobre el brazo de un sillón destripado, posó Mardoco el aguilucho, precavidamente sujeto a un gancho de guindo.

Ahí ha de estar, seguramente, en la actitud de dejarse caer (suprema venganza de Mardoco) sobre las lloicas endomingadas, sobre los zorzales de delgados zancos, sobre los tordos vestidos de noche o sobre las diucas, envueltas en su leve gasa mañanera. Y si no están, si las plumas de sus alas o de sus colas han volado por la ventana hacia el patio, en busca de una libertad tardía, es lo mismo. Viven dentro de mí, con la densa verdura de la huerta colonial, con el piar de los pajarillos prisioneros o el arrullo de las tórtolas sobre los magnolios, con el pequén cazador de baratas o el tordo travieso, con mi niñez, con Mardoco, con doña Teresila, con el viejo aññado e ingenuo, aunque sepa que todos han muerto y que sobre el solar en que

estuvo la vieja casa del siglo pasado, se han erguido media docena de chalecitos modernos y que los faroles de rojo parpadeo, suspendidos de un alero, son, ahora, focos eléctricos que bañan de luna la antigua calzada polvorienta.